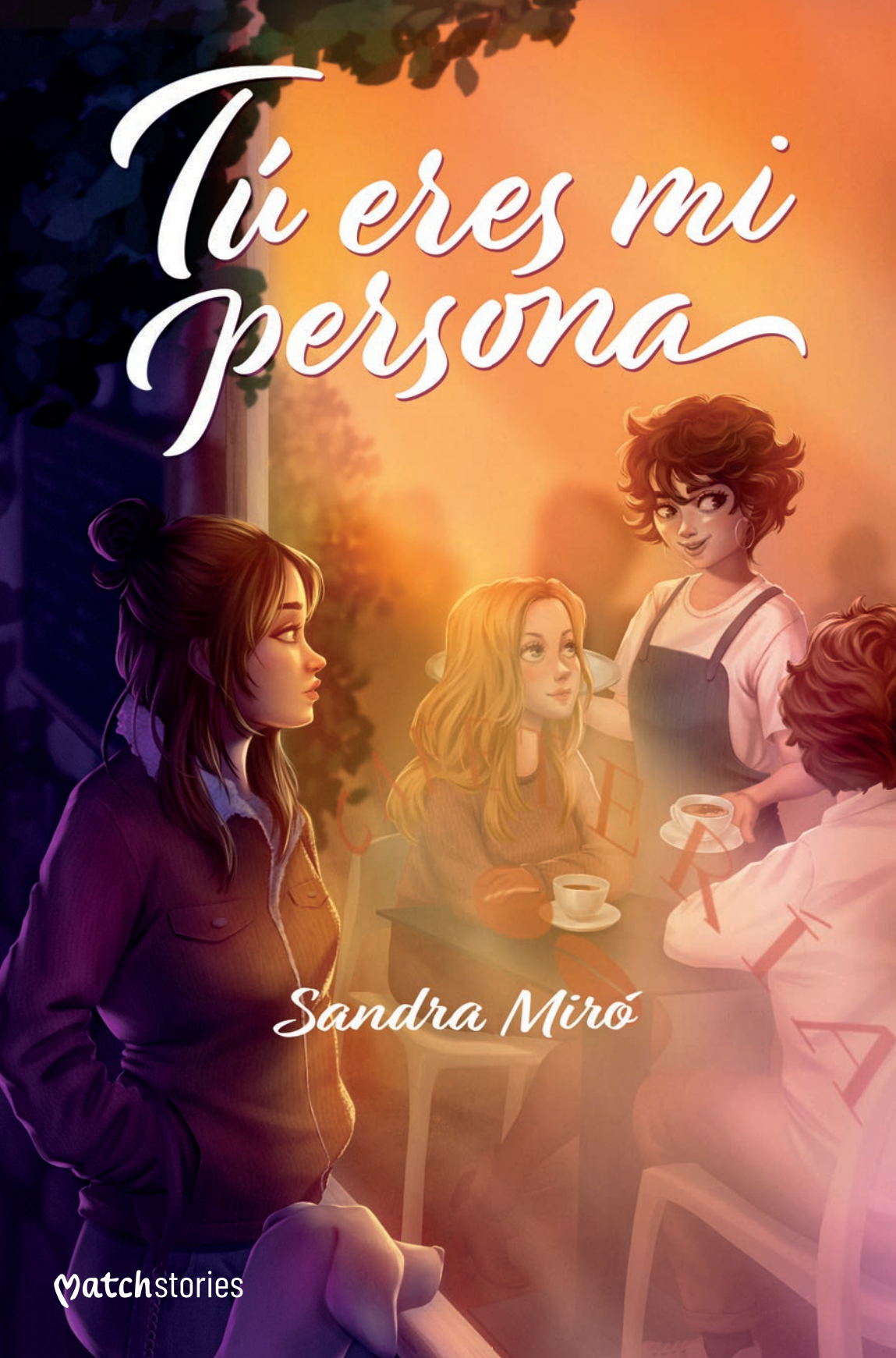


Tú eres mi persona



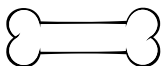
Sandra Miró

Tú eres mi persona

Sandra Miró

 **Match**stories

Capítulo 1



Carolina

MARZO DE 2016

—Mamá..., ¿tú estás segura de lo que vas a hacer?

La miro y sus ojos se clavan en mí. Y, como suele ser común entre ella y yo, con eso nos basta para entendernos.

—Vale, no me mires así. —Río—. Pero tú me has enseñado desde pequeña que antes de hacer algo lo tienes que tener muy claro. Y más algo como esto, que es para siempre.

Mi madre sigue mirándome con sus bonitos ojos, ahora cansados, y, cogiéndome de la mano, dice:

—Cielo, no te preocupes. Lo tengo clarísimo.

Caminamos por la calle con una sonrisa en la cara. Me encanta ir de su mano. Se para frente a un escaparate y comenta:

—Fíjate cómo se parece ese a nuestro vestido.

Observo lo que me señala. Tiene razón. El vestido que hay en el escaparate es muy del estilo del que mamá tiene guardado con cariño en su armario. Es con el que mi padre se le declaró. Amarillo. Atemporal. Y ambas hemos decidido que lo utilizaré un día importante, como es el de mi graduación de Bachillerato.

A decir verdad, el plan de hoy me ha pillado fuera de órbita. No tenía ni idea. Mamá ha venido a buscarme a la salida del

instituto y eso me ha sorprendido y hecho feliz a partes iguales. De ahí nos hemos ido a picar algo a una cafetería y ahora estamos dando un tranquilo paseo mientras me cuenta sus planes.

—¿Y papá sabe qu...? —pregunto asombrada.

—Bah, tu padre que piense lo que quiera —bromea interrumpiéndome.

Sonríó otra vez. Sin duda hoy es «un buen día». Ver a mi madre positiva y con ganas de hacer cosas es lo mejor que nos puede pasar. Lo mejor.

Tras unos minutos, llegamos a la puerta del estudio de tatuaje en el que ella tiene cita esta tarde. ¡Mamá se va a hacer uno!

Ambas nos miramos y veo diversión en sus ojos.

—A ver, mamá..., que esto no se borra —cuchicheo.

Ella sonrío y asiente. Acto seguido me acaricia la mejilla y afirma:

—Será para siempre. Como lo sois tu padre y tú.

Asiento también. Entiendo sus palabras, pero no puedo evitar estar algo preocupada.

—Pero ¿crees que es buen momento para hacerte un tatuaje?

—Sí.

—¿Tú médico ha dicho que puedes?

Mamá me mira. En sus ojos veo la respuesta y sonrío incluso antes de oír lo que va a contestar.

—Mi médico, en este caso, puede decir misa.

—Pero ¡mamá!

Ambas nos reímos por su respuesta. Me mira de nuevo y vuelve a hablar.

—Escucha, cariño: hay momentos en la vida en los que uno se tiene que dar el lujo de poder hacer algo que desee, siempre y cuando no cause daño a terceros. Y yo deseo hacerme esto en tu compañía. El resto da igual.

Sus ganas y su seguridad terminan de convencerme. Al en-

trar en el estudio nos saluda una chica joven repleta de tatuajes.

—¡Hola, bienvenidas! ¿Tenéis cita?

—Hola, sí... —contesta mamá. Pero no puede continuar porque le da un ataque de tos.

Uno de tantos.

—Se llama Pilar Lozano —me apresuro a intervenir—. Y yo soy su hija, Carolina.

Ambas nos sonreímos, y la chica rápidamente busca a mi madre en el listado que tiene sobre el mostrador.

Mamá mientras tanto saca su pequeña botella de agua del bolso, y le da un traguito. Cuando voy a preguntarle cómo se encuentra, se gira hacia mí y me dice con resolución:

—Tranquila, mi vida. Estoy bien.

Asiento. Mamá siempre me dice la verdad, o eso creo. La voz de la chica tatuada me saca de mis pensamientos.

—Pilar, ¿me puedes ir rellenando este formulario mientras aviso a tu tatuadora?

Mi madre asiente feliz. Está encantada. Coge los papeles que la joven le tiende y se sienta en el sofá que hay en la entrada para apoyarse en la mesa y estar más cómoda. Instantes después la chica desaparece tras una cortina oscura.

Mientras mamá rellena ese impreso, yo observo curiosa a mi alrededor. Nunca había estado en un estudio de tatuaje. Hay muchísimos diseños enmarcados en las paredes y en álbumes encima de la mesa en la que está escribiendo mi madre. Sonríe al ver uno de las Supernenas. Unos dibujos animados que veía de pequeña y que me encantaban. Y, para qué mentir, me siguen encantando. A la derecha también hay una vitrina llena de pendientes y *piercings*.

Nunca me han llamado demasiado la atención los *piercings*, pero los tatuajes sí. Ya les he comentado más de una vez a mis padres que me gustaría tatuarme algo de mi cantante favorita,

Rihanna. Y ellos ya me han dejado claro también más de una vez que hasta que no tenga dieciocho años no puedo hacerme nada.

O sea que hasta 2018 me toca esperar.

Bueno, no queda tanto. Podría ser peor.

Mamá termina de rellenar el formulario y por fin conocemos a la que va a ser su tatuadora. Se llama Fabiola. Es simpática y no tarda en llevarnos a su zona de trabajo.

Una vez allí nos ponemos cómodas.

—¿Va a ser tu primera vez? —se interesa Fabiola.

—Sí, pero no me da miedo. Es algo que llevo retrasando demasiado tiempo —responde mamá y, señalándose, añade—: Además, si hace casi dieciséis años pude parir a Carolina, podré con esto y con más.

Ella me mira con una sonrisa y, como también es madre, se interesa por el tema. Y... ¡cómo no!, mamá aprovecha la oportunidad, como hace siempre, para contar lo largo y doloroso que fue mi parto. A estas alturas no sé si queda alguien sobre la faz de la tierra que no se sepa esta historia.

Tras compartir anécdotas de madres, van al tema que nos ocupa hoy.

—Bueno, Pilar, entonces has traído tú el diseño que te quieres tatuar, como hablamos por teléfono, ¿no? —pregunta Fabiola.

Mamá asiente y saca una libreta de su bolso. La abre por una de las páginas y arranca la hoja.

—Aquí lo tienes.

Me fijo en el papel que le entrega y reconozco tanto esas dos palabras que hay ahí escritas como a quien lo ha hecho, cosa que me asombra.

Mi persona

—¿Esa no es la letra de papá? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

Mamá afirma con una sonrisa.

—¿Y cómo has conseguido que acceda a esto?

—Se enterará esta noche. Es una sorpresita —me contesta alzando los hombros.

Yo la miro boquiabierta, esto sí que no me lo esperaba. Aunque lo que sí me esperaba es que algún día se tatuara algo de esa serie. Su favorita.

«Eres mi persona» es algo que se dicen mucho Meredith Grey y Cristina Yang, sus personajes preferidos de *Anatomía de Grey*. Es una frase corta, pero cargada de significado para ellas, y también para mi madre.

He visto esa serie tantas veces con ella que no necesito preguntarle lo que significa su tatuaje. «Tu persona» es esa persona a la que sabes que puedes acudir al cien por cien tanto cuando estás bien como cuando estás mal. Cuando hay algo que celebrar o cuando hay algo por lo que llorar. Alguien que sabes que nunca te va a fallar.

Mamá siempre me ha asegurado que esa persona soy yo, aunque yo siempre he creído que es mi padre.

Observo cómo Fabiola hace una foto a la hoja con esas dos palabras, la imprime en varios tamaños, mi madre decide cuál prefiere y prepara el calco.

—Vale, Pilar; necesito que me des el brazo en el que quieres que te lo haga.

Veó cómo mamá se mira ambos y se decide por el derecho.

—En este ya me han pinchado demasiadas veces —bromea refiriéndose al izquierdo.

Fabiola y ella sonríen, y la tatuadora se dispone a pegarle el calco en el brazo elegido.

Mientras se cercioran de que esté recto y en el lugar deseado, mis ojos se van al brazo izquierdo de mamá. Antes de que

le pusieran el Port-A-Cath en el pecho, todos los pinchazos iban ahí.

Una vez que ambas están convencidas, mi madre toma asiento en una pequeña butaca y coloca el brazo donde Fabiola le indica.

La tatuadora coge la máquina de tatuar y, antes de ponerla en marcha, la mira y pregunta:

—¿Preparada?

—Por supuesto —responde ella con una gran sonrisa.

Entonces Fabiola pulsa el botón y comienza a trabajar. Observo a mamá y veo que ni se inmuta; de hecho, empieza a explicarle a ella el porqué del tatuaje.

Como me sé esta historia de memoria, aprovecho para sacar los auriculares de la mochila, conectarlos a mi móvil y ponerme *Anti*, el disco que ha sacado este año Rihanna. Me encanta.

Antes de que me dé cuenta, el tatuaje ya está terminado. Al ser solo un par de palabras, no ha tardado prácticamente nada.

Me quito los auriculares y los guardo mientras oigo que Fabiola le cuenta cómo se lo debe lavar estos días y cuánta crema debe echarse.

Cogemos nuestras cosas y vamos a la recepción junto a la tatuadora. Allí le da a mi madre la crema que necesita para estos días, pagamos y salimos del estudio.

—¿Qué tal? —pregunto rápidamente.

Ella se levanta el jersey con cuidado y me enseña el tatuaje, que va tapado con un fino plástico llamado «doble piel» que deberá cambiarse mañana.

—¡Genial! No me ha dolido si siquiera un poco, tendría que habérmelo hecho antes —responde con gracia.

—Bueno, aún tienes mucho cuerpo para llenarlo de lo que quieras. —Río.

—Ya estoy pensando en el siguiente —dice mientras se re-

coloca el jersey—. Cuando cumplas los dieciocho, nos hacemos uno juntas. ¿Te parece?

La miro a los ojos, no hay nada en el mundo que quiera más que eso, y, ofreciéndole mi brazo para que se agarre, contesto: —Prometido.

Una vez que se ha sujetado a mí, nos vamos para casa. No está demasiado lejos, pero calculo que de camino haremos varias paradas en los bancos que nos vayamos encontrando.

Hace un año y medio que le diagnosticaron cáncer de pulmón. Es algo de lo que conmigo intenta hablar poco porque, quiera yo o no, me sigue considerando su niña. Su pequeña niña. Pero, se hable o no, la enfermedad está ahí.

Por suerte, últimamente mamá parece estar bastante restablecida. Hemos pasado algunas temporadas complicadas. Muy complicadas. De todos modos, a pesar de que su última recaída fue hace menos de un mes, en las últimas semanas se ha repuesto y la veo mucho mejor..., aunque todavía ande lento, le den ataques de tos y haya días en los que coma muy poquito. Pero, bueno, como ella siempre dice: ¡Roma no se hizo en un día! Y se recuperará, pero hay que darle tiempo al tiempo.

Cuando llegamos a casa y abrimos la puerta, nuestro perro, *Pato*, se lanza sobre nosotras. ¡Qué energía tiene! Y tras llenarnos de lametazos repletos de amor, mi madre me mira con gesto cansado.

—Llévalo al pipicán. Seguro que tiene ganas de hacer sus cositas.

Asiento sin dudarlo. *Pato* es de horarios muy marcados y ya lleva una hora de retraso, por lo que, tras ponerle el arnés, le doy un beso a mi madre y, como dos auténticos locos, nos lanzamos escaleras abajo. *Pato* pasa de esperar el ascensor.

Durante una hora mi perro disfruta corriendo como si no hubiera un mañana. Es ver una pelota y no poder dejar de correr tras ella, hasta que finalmente decido regresar. Al entrar

oigo la voz de papá. Ríe junto a mamá y cuando aparezco ante ellos, mi padre me mira y pregunta:

—¿Has visto lo que se ha hecho tu madre?

Ella me mira divertida y yo asiento.

—Esta mujer nunca dejará de sorprenderme —afirma él.

—Tenlo por seguro.

Las palabras de mi madre nos hacen sonreír a los tres.

—¿Te ha gustado o no que te lleve tatuado en mi piel?
—vuelve a hablar mamá.

Papá asiente. Con la enfermedad de mamá su vida cambió. Siempre está pendiente de ella y, sin dudarle un segundo, contesta:

—Me ha encantado, cariño.

Mi madre, feliz, se acerca a él y le rodea el cuello con ambos brazos. Él le ciñe la cintura y cuando se comienzan a besar, les suelto:

—Ehhh..., ¡id a un hotel, que estoy aquí!

Eso los hace reír. La complicidad que existe entre ellos es preciosa, única. Mis padres se quieren muchísimo. Solo hay que ver cómo se miran para darse cuenta de que su relación es increíblemente bonita y especial.

A mamá le vuelve a dar otro de sus ataques de tos.

—Voy a sentarme un poco antes de empezar a hacer la cena
—murmura.

Asiento con la cabeza de inmediato y cuando desaparece en dirección al salón, miro a papá y cuchicheo:

—Lleva horas sin parar.

Él me mira con complicidad, sabe a lo que me refiero. Entramos en el salón y vemos que se ha sentado en el sofá. Yo miro a mi padre y este me guiña un ojo.

—He pensado que esta noche voy a preparar una de mis ricas tortillas de patata, ¿qué os parece? —sugiere.

Mamá y yo nos miramos. Sus tortillas son las mejores del

mundo. Están tan buenas que cuando quedamos con el tío Luis o con sus amigos para irnos de finde o de barbacoa, mi padre siempre es el encargado de prepararlas y llevarlas.

—¡Excelente idea! —exclama mamá.

Él sí que sabe hacer las cosas.

—¿Tienes deberes? —pregunta ahora fijándose en mí.

Muy a mi pesar, asiento.

—Pues ve y térmalos. Y después, cuando te duches, cenamos.

Miro a mi madre y la veo con una sonrisa en la cara, así que, sin perder tiempo, me voy directa a mi habitación.

Una hora después ya he acabado mis tareas, me ducho y, cuando abro la puerta del baño, un maravilloso olor me llena la nariz. El aroma de tortilla de patata de papá.

—¡Qué bien hueleeeeeee! —exclamo.

—¡Mejor sabrá! —gritan mis padres.

Media hora más tarde, cuando por fin he conseguido secarme el pelo con el secador, entro en el comedor. Ellos están sentados en la mesa, charlando. Cuando llego, dejan de hablar.

—¿Cotilleando a mis espaldas? —pregunto mientras me siento.

Ambos sonríen. Especialmente mi madre, que, tras toser de nuevo, bromea:

—Lo que nos gusta un buen chismorreó.

Adoro el humor y la positividad de mamá.

Entonces coge un cuchillo y se lo entrega a él.

—Vamos, reparte, que como lo haga yo, me la como entera yo solita.

Papá y yo sonreímos. Sabemos que el apetito de mi madre es escaso, pero él le sigue la broma y corta la tortilla.

La cena, como siempre, es divertida. Tener a mamá sentada a la mesa con nosotros la convierte en algo especial para ambos. Un rato que sin duda disfrutamos. Son muchos los días en los que papá y yo comemos solos, pero hoy está ella.

Acabada la cena, en la que mamá, como ya intuíamos, apenas come dos trocitos, tras varios ataques de tos, decide acostarse. Está agotada. Le doy dos besos, le deseo buenas noches y mi padre la acompaña hasta la cama. Minutos después, cuando él regresa al salón, *Pato* ya está subido en el sofá. Mi padre nos mira tanto a él como a mí. El perro no debería estar ahí, pero no lo echa, simplemente se sienta en el hueco que ha dejado entre él y yo.

—Poco a poco te vas convirtiendo en el dueño de la casa —murmura.

Eso me hace gracia y, tras apoyar la cabeza en el hombro de mi padre, nos centramos en ver una película. Cuando acaba un par de horas después, le doy un beso de buenas noches y *Pato* y yo nos vamos a la cama. Sí, dormimos juntos.

No sé cuánto tiempo llevamos ya acostados cuando una voz me despierta.

—Carolina... Carolina...

Al abrir los ojos, somnolienta, me encuentro con el tío Luis. ¿Qué hace él en mi habitación?

Parpadeo con dificultad. Me espabilo. *Pato* no está echado a mi lado y entonces es cuando me fijo en su mirada. Algo pasa. Lo sé. Pero cuando voy a saltar de la cama, él intenta frenarme.

—Escucha, enana —empieza a hablar—. Tu madre no se encuentra bien y tu padre ha llamado a una ambulancia para que venga a recogerla —me explica.

Ahora sí que me levanto como un vendaval. Corro hacia su dormitorio y al entrar veo a mi padre junto a ella, y no dudo en acercarme.

—Tranquila... —susurra mamá con un hilo de voz.

Pero no. No puedo estar tranquila.

¿Cómo voy a estar tranquila si viene una ambulancia a llevársela?

Miro a papá. En sus ojos detecto ese dolor que se pasa la vida intentando ocultar.

—Cariño, ¿puedes traerme un poco de agua? —le pide ella con voz de fatiga.

Mi padre asiente. Se levanta de la cama y, cuando se marcha, mi madre me hace un gesto con la mano indicándome que me siente a su lado. Yo obedezco y ella me coge la mano.

—Hoy hemos tenido un bonito día, ¿verdad? —murmura sonriendo levemente.

Asiento. Así ha sido.

—Nunca olvides que te quiero y, sobre todo —prosigue tomando aire—, lo que más deseo en este mundo es que tanto tú como tu padre seáis felices. ¿Me has entendido, cariño?

Vuelvo a asentir. Siempre que sufre recaídas me dice esas cosas. Cosas que me llegan al alma y me descolocan el corazón. Incluso hay momentos en los que tanto a mi padre como a mí nos obliga a hacer promesas. Cuando me dispongo a contestar, ella se me adelanta con la poca voz que tiene:

—Todo está bien, cariño. Todo está bien, sonrío.

Obedezco, sonrío. Si en este momento mi madre me pidiese que me rapase el pelo al cero, lo haría sin dudar.

—Ya están aquí —avisa papá volviendo a entrar, ahora seguido del tío Luis.

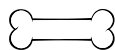
Mamá y yo asentimos. Sabemos que se refiere a los de la ambulancia.

Instantes después, esas personas, como ya han hecho en otras ocasiones, entran en el piso. El tío Luis me coge de la mano y me lleva hacia el salón. Intenta darme conversación para distraerme, pero yo solo tengo ojos para el pasillo. Y cuando veo que la camilla sale con mi madre sobre ella, corro hacia allí. Le han puesto la mascarilla de oxígeno.

—El tío Luis me llevará al hospital —le digo.

Mamá asiente. Papá también. Los dos miran con afecto a mi

tío. Le doy un cariñoso beso a mi madre, que sonrío bajo esa mascarilla. Y una vez que se la llevan, salgo disparada hacia mi habitación para vestirme. Luego el tío Luis y yo nos dirigimos al hospital en silencio.



Tres semanas después, mi mundo se paralizó. La enfermedad de mi madre no dejó de complicarse. Nada salía bien. Todo salía mal. Y, desgraciadamente para papá y para mí, ella nos dejó, no sin antes decirnos adiós.